PAOLA BOUTELLIER

EL ÚLTIMO GIRO



CONTRALUZ

PAOLA BOUTELLIER

El último giro

CONTRALUZ

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Paola Boutellier, 2024
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2024
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-02-4
Depósito legal: M. 6.286-2024
Printed in Spain

A los amantes de la Fórmula 1 que nunca tuvieron una novela de ficción donde perderse para disfrutar del paddock.

A Pancho, por la emoción en tus ojos en cada carrera, la misma que cuando me subiste a un kart junto a ti.

A Enrique, por compartir la pasión por este deporte tanto como para animarme a escribir sobre él. Te quiero

«Muchos creen que saber pilotar es saber volantear.
Saber pilotar es mucho más: es saber frenar.
Frenar, hijo, es todo un arte.»

Juan Manuel Fangio,
cinco veces campeón del mundo de Fórmula 1

Prólogo

La sed de adrenalina.

La necesidad de reaccionar de manera inminente a las situaciones que nos suponen un riesgo. De donde yo vengo, una condición completamente voluntaria.

Vivo rodeada de adictos al subidón que supone poner su vida en peligro constante.

Nunca olvidaré la primera vez que lo experimenté. El corazón aporreaba mi pecho con ferocidad y, a pesar de ello, no me importaba en absoluto.

En su momento, hubiese dado cualquier cosa por repetirlo durante el resto de mi vida. Por eso no podía culparles. Tampoco se me había pasado por la cabeza hacerlo. Aun así, cada vez que uno de los monoplazas se salía lo más mínimo del trazado, la nuca se me erizaba advirtiéndome de que algo terrible podría ocurrir.

Siempre volvía a pasar.

En eso precisamente consistían las reglas de este implacable deporte. Cuanto más te acercabas al muro, a otro monoplaza o ponías tu vida al filo de la muerte, más gritaban todos de emoción. Durante esos frenéticos segundos, todos los ojos estaban puestos en ti. Algo parecido a hienas carroñeras a la espera de un buen drama.

Quien ha estado dentro de un *paddock* sabe lo que realmente acontece dentro. Las miradas de rencor entre compañeros, los tejemanejes dentro de cada equipo, la prensa hambrienta de noticias jugosas con las que regalar a los espectadores una gota más de agua, esa que lleva años intentando mantener dentro para que el vaso no rebose y acabe en desastre.

Pero la catástrofe es inminente. Los naipes que han ido formando una voluminosa torre con una baraja ya dañada y vieja están a punto de precipitarse al vacío. Lo veo en sus sonrisas forzadas, en su lenguaje no verbal, en mi madre mientras se enfrenta a la peor entrevista de su vida cuando le preguntan por su mejor amigo muerto.

¿Asesinado?

Aún no nos ha quedado del todo claro. Nadie nos dice nada, por el bien del espectáculo. Sin embargo, en mi fuero interno, lo sé. Es entonces cuando rememoro el momento. Las risas nerviosas por creer que lo que sucede es solo una broma, el instante en que todos en el avión nos percatamos que algo no va bien. Y sus ojos, cerrados con la paz que solo la muerte sabe ofrecer. Inmóviles. La vida se había escapado de su cuerpo para corromperlo con una imagen atroz en su semblante.

Suspiro en cuanto el escalofrío termina de recorrerme la nuca. Ahora nadie saluda sin pensar previamente con descaro si está junto a un traidor; o peor, junto a un asesino. Intento pasear por el *paddock* mientras mi pelo suelto se enreda a causa del viento que hoy atiza con más fuerza atrayendo a unos nubarrones temibles. Me concentro en analizar a cada persona que, para mi desgracia, creía que era como de mi propia familia. Y, sin embargo, me es fácil, porque se me da fenomenal pasar desapercibida para todos. No soy piloto ni ingeniera ni mecánica. Ni siquiera pertenezco a la prensa. Y eso es lo que más me tranquiliza.

Solo soy una más del *catering* que intenta no tropezar al mismo tiempo que hace su trabajo de la forma más discreta posible.

Comienzo a comprender que mis amigos no están a salvo, que cada equipo sacará sus mejores armas, sus peores decisiones y su mediocre inteligencia.

Me paro en mitad del cartel de la escudería verde y suspiro. Me digo a mí misma por enésima vez que esto es lo que a todos les excita.

La adrenalina.

¿Y qué mejor que un asesinato para acrecentarla? La prensa se frota las manos con un nuevo fin de semana lleno de desgracia.

Niego con la cabeza. No estoy dispuesta a que mi madre y mis amigos corran con un mayor riesgo del que ya lo hacen. No me importa lo mucho que les fascine el drama, lo relevante que es para este circo el subidón de la tragedia.

Así que después de ver como mi progenitora esquiva con elegancia las preguntas más escabrosas de un periodista, sonrío con un tic nervioso. Después de tanto tiempo negándomelo a mí misma, si pretendo arreglar esto de alguna forma y llegar hasta las profundidades y entrañas de este asesinato, es momento de entrar en escena.

Bienvenidos a mi mundo. Esto es la Fórmula 1.

Capítulo 1

Hay algunos fenómenos ocurridos en la Fórmula 1 que no mucha gente conoce. La historia favorita de Olivia es la de Armando Sánchez, un piloto que actualmente sigue compitiendo en parrilla. Encontrándose Sánchez en sus inicios en uno de los muchos Grandes Premios que disputaba a lo largo del año, iba comunicando de forma acertada los tiempos en los que se diferenciaba con su contrincante, que le perseguía insistente para conseguir arrancarle la posición. Su ingeniero no comprendía cómo conocía a la perfección los tiempos, dando con exactitud las décimas de segundos. Al principio, este desde el box pensó que había sido pura casualidad o que él mismo se lo habría comentado durante la conversación, y no se acordaba. Hasta que el piloto le confesó que lo veía por la televisión del circuito.

No le bastaba con conducir a una media de doscientos kilómetros hora, cuidar neumáticos, pensar en la estrategia y hablar por la radio, sino que, además, tenía tiempo de ver las pantallas de la propia pista mientras hacía todo lo anterior.

Una circunstancia peculiar algo más vigente fue cuando una vez un ingeniero de la escudería más famosa de todos los tiempos, Stallaro (ya sabéis, esa italiana del caballo), fue llevado al hospital después de haberse negado durante horas, a pesar de estar encogiéndose de un dolor de estómago que no ce-

saba. Cuando vieron que no podía aguantar más y le obligaron a ir al centro sanitario, aun en el camino iba dando instrucciones a sus pilotos para que estos pudieran mejorar sus marcas. Al final, resultó que era el apéndice, que le había explotado. Después de una operación más larga de lo habitual, el técnico, cabezón como muchos otros en este deporte, decidió que era mejor montar un box alrededor de él en su habitación de la planta de cirugía conforme se recuperaba.

Así que pidieron mesas y sillas extras, no solo para su familia de sangre, sino para la que trabajaba con él día tras día.

¿Resultado? Funcionó: sus pilotos terminaron la carrera en mejor posición que la esperada, restando incluso algunas décimas.

Sabía que la profesión en la que trabajaba no era la más corriente, ni la más fácil; y, por supuesto, tampoco la más segura. Ella no era piloto, su misión era proporcionar la comida a la gente del *paddock,* pero, aun así, sabía de lo que hablaba. Por eso era incomprensible el hecho de que el ajetreo del aeropuerto a menudo pusiera de los nervios a Olivia. Era algo irremediable por mucho que luchara contra el ardor que le producía su estómago. Puede que fuese por las innumerables películas de aviones estrellados o secuestrados que había visto en su vida o, simple y llanamente, que no comprendía bien los ruidos que hacía un avión cuando estaba en pleno vuelo. Y, ante todo, el miedo irracional que le causaba. Igual le pasaba con la muerte. El temor por no saber qué hay después es lo que le hacía temblar al pensarlo.

Que una máquina de tal tamaño no tocara el suelo le daba la sensación de estar en el límite de lo mágico. Que algo tan pesado pudiera volar, ¿no era ya de por sí sorprendente?

Lo irónico era lo impactante que le resultaba aquello habiendo estudiado ingeniería y comprendiendo el funciona-

miento del dichoso avión, pero no era capaz de controlar su terror.

Descartando los propios miedos y traumas, estaba el hecho de lo difícil que las aerolíneas ponían el paso hacia la puerta de embarque. Le resultaba ridículo y con frecuencia cómico. Hasta que recordaba que, gracias a esas medidas exhaustivas de seguridad, iba mucho más relajada en el avión, pero solo cuando se paraba a pensarlo con detenimiento mientras respiraba profundamente para relajarse. Parecía imposible que alguien pudiera meter algo de riesgo en el avión, incluyendo un gel de cuerpo que sobrepasara los cien mililitros. La breve sensación de seguridad se asemejaba a la que había tenido de pequeña desde que se encontraba en cualquiera de los circuitos de carreras. Hasta que ocurrió aquello. La calamidad convirtió su certidumbre en una pantomima, recreando así un espejismo del que no había sido consciente hasta aquel entonces. Solo tenía trece años. Así que su confianza plena en la pista concluyó mucho antes de lo previsto.

El aeropuerto estaba hasta arriba, así que poco le extrañó su torpeza al tropezarse con un hombre y golpearle el hombro derecho. Intentó por todos los medios que una de las mochilas que cargaba en el otro brazo no cayera de manera estrepitosa, ya que provocaría un efecto dominó con el resto del equipaje.

—Lo siento muchísimo —se disculpó en un inglés marcado.

El hombre apenas la miró y sacudió una mano para quitarle importancia. A Olivia le pareció le que le resultaba familiar; sin embargo, no tuvo mucho tiempo de pensarlo. El hombre desapareció corriendo por uno de los pasillos. Ella suspiró y volvió a retomar su camino con hastío.

De cualquier manera, volviendo a su inexplicable sensación con los aeropuertos y la aviación, aquel viaje no iba a ser

como cualquier otro. No iba a ir en un avión comercial como era costumbre, sino en uno privado y mucho más exclusivo, solo al alcance de unos pocos privilegiados. A pesar de que, en lo que ya le parecía otra vida, los había frecuentado a menudo, nunca llegaron a gustarle. En el presente no era distinto. Aunque había estado negándose a ello durante años, estirando todo lo posible el momento hasta que se olvidara por completo, Olivia había llegado al límite de su resistencia.

La ingeniera y jefa del equipo Astorian le había pedido que se uniera —por enésima vez— a su *catering* privado durante el transcurso entre carreras. La realidad era que la Fórmula 1 era un deporte extraordinario. Uno de esos que no te deja tener un sitio al que llamar hogar y, a la vez, de los que parece que el mundo entero te pertenece. Pasas cerca de trescientos días al año fuera del sitio al que llamas casa, pero también podías cruzar el mundo en tan solo una semana, y eso lo convertía en algo absolutamente fascinante y difícil de superar.

Olivia llevaba toda la vida así, entre aviones, hoteles, coches y más pastillas para relajarse en el avión de lo que le gustaría confesar. Y no, a pesar de todo no se había acostumbrado a los dichosos pájaros de metal. Lo suyo era la carretera. El suelo. Todo lo que pudiera controlar y manejar con cierta estabilidad. Y sí, ella ya sabía con certeza que los coches tenían más probabilidades de accidentes que los aviones, una estadística abrumadora en comparación. Si a eso le sumaba que su deporte favorito era de los más peligrosos que existían en la actualidad, el cálculo daba como resultado una fobia totalmente carente de sentido. Irracional.

Terminó de pasar el control y se dirigió hacia la puerta de embarque del avión privado. Tomó su móvil y ojeó el apartado de noticias rápidamente. Un titular le llamó la atención. Era bastante suculento, así que tenía la esperanza de que fue-

ra más bien un *clickbait* que otra cosa. Pero al desplegarlo y comenzar a leer, la cosa se ponía peor.

El asesor de la escudería de la bebida energética, Zed Rush, tacha de «sudamericano» a su nuevo piloto y critica su manera de conducir

El asesor de la escudería, Elías Huber, lanzaba un ataque racista hacia su nuevo piloto, Michel Mendoza, al comparar su manera de pilotar con la de su compañero, el tres veces campeón del mundo Mark Peeters, con las siguientes declaraciones a los medios: «Es sudamericano y por eso su cabeza no está tan enfocada como la de Mark».

El comentario ha dado de qué hablar en un fin de semana en el que Armando Sánchez le ha robado la victoria a los de Zed Rush.

Ya en alguna ocasión se han escuchado este tipo de comentarios en labios de Barnett Wilkinson y otras figuras importantes de este deporte.

Desde aquí, esperamos que la Federación y el propio equipo del mexicano emitan un comunicado o den alguna declaración sobre estos comentarios completamente fuera de lugar.

Olivia suspiró y guardó el móvil. Lo que acababa de leer le había traspasado el alma y le había revuelto las tripas. Tomó su botella de agua del bolso de viaje y su cajita con las pastillas de clonazepam que reservaba para antes de subir al avión e ingirió una. Sabía que más tarde, en pleno vuelo, agradecería la leve ensoñación que la medicación le provocaba.

La jefa de la escudería Astorian la había obligado a permanecer a su lado; Olivia no entendía la insistencia, pero decidió

acatar la orden por una vez en años. Al subir las pequeñas escaleras del avión y saludar al equipo de a bordo, suspiró profundamente en un intento de reducir su ansiedad. Se repitió muchas veces que aquellos pequeños *jets* eran mucho más seguros, que allí todos se conocían y que el personal era más cercano. Se sintió como toda una celebridad, aunque sabía bien que las verdaderas estrellas estaban al llegar. Dejó su maleta de mano en el compartimento de arriba y se sentó en uno de los enormes sillones. Tomó su móvil en las manos y empezó a deslizar la pantalla sin ninguna pretensión más que no analizar mucho lo que estaba viendo. Mientras tanto, escuchaba al equipo de a bordo, que iba de una punta a otra preparando el habitáculo. Estaban tranquilos e intercambiaban pequeñas conversaciones entre ellos.

Todo iba bien. Todo estaba en orden.

Una frase que se iría repitiendo a lo largo del vuelo.

—Perdone, señorita, ¿quiere algo mientras espera al resto de los pasajeros? —le preguntó una de las azafatas en un inglés perfecto.

Olivia negó con la cabeza y sonrió a la mujer con agradecimiento.

—Ya creía que no llegaba —sonó de repente una voz entrando al avión. La conocía demasiado bien.

—Silvia, no iban a irse sin nosotros —le reprochó una voz masculina.

Entraron así la jefa de equipo y su segundo al mando. Silvia era una mujer jovial, con apariencia de una deportista de élite a pesar de no serlo en absoluto. A su vez, Óscar era un hombre delgaducho con un aspecto genuino que detonaba más seriedad de la que realmente tenía.

Silvia puso los ojos en blanco al escucharlo y saludó a las azafatas. Mientras se iban acomodando, empezaron a entrar

otros miembros del equipo: la responsable de comunicación y el responsable de estrategia.

—Perdona, ¿tú eres…? —preguntó el director de estrategia, que hasta entonces no había reparado en su presencia. Las gafas rectangulares y pequeñas le daban un aire jovial, a pesar de que empezaban a asomarle algunas canas y de que Olivia conocía su edad. Podía pasar por alguien que tuviera recién cumplidos los cuarenta cuando en realidad se acercaba más a los cincuenta.

—Es mi ayudante —repuso Óscar de inmediato—. Quiero que sea mi sombra. La chica tiene madera, Andy.

Olivia no abrió la boca y se limitó a asentir. Andy le regaló una sonrisa amable —puede que incluso por solidaridad al ver donde se metía— y continuó su charla con los otros miembros del equipo. Óscar también le sonrió mientras le daba un apretón en el brazo en señal de confianza. Gracias al cielo, ese hombre era un ángel. No quería tener que explicar el motivo de su presencia en ese avión privado.

Buscó con la mirada a Silvia y la encontró observándola por encima del hombro. Mientras tanto, el equipo comenzó a pedir champán para celebrar el nuevo éxito. Ganar la última carrera significó sacar unos pocos puntos de ventaja al que había sido el equipo campeón hasta entonces. Así que, aunque aún tenían mucho en lo que trabajar, aquello ya era una pequeña victoria. Los cinco se acomodaron en los asientos de cuero, cuatro de ellos alrededor de una mesa que los separaba en parejas, y Óscar decidió sentarse junto a Olivia, dejando los demás asientos vacíos a sus espaldas. Los dos pilotos de la escudería en ese momento no iban junto a ellos. La decisión de quedarse un par de días más era del departamento de comunicación, precisamente de una de la mujer que se había sentado junto a su madre en el avión, ya que tenían que gra-

bar un par de anuncios de la marca de relojes que patrocinaba a la escudería. Era algo que ya se había vuelto rutinario para cualquier piloto. Intercalar las carreras con su trabajo de publicidad. Era como ser pluriempleado en un mismo lugar. Algunos pilotos amigos de Olivia parecían haber nacido para ser estrellas de la televisión, y otros sentían la imperiosa necesidad de insultar a cada una de las personas que decidían ponerlos delante de una cámara.

Sonrió ante este recuerdo. Echaba terriblemente de menos a sus amigos en aquel avión. Seguramente se le hubiese hecho todo más ameno. Siempre sabían qué decir o hacer en esas circunstancias. En ellos podía ver a verdaderos deportistas de élite: maduros a pesar de su corta edad y preparados desde pequeños para tener la templanza necesaria en cualquier situación. Sobre todo, bajo presión. Llegar ahí suponía pasar por innumerables envites. Ser piloto de prueba, suplente, ganar en cada una de las categorías correspondientes a su edad… y, a veces, ni siquiera eso era suficiente para ser uno de los veinte afortunados que llegaban a ser profesionales en la Fórmula 1.

Pero este trabajo no dejaba mucho resquicio al ocio. Entre tanto pensamiento nostálgico, se reencontró con la mirada de Silvia. Olivia volvió a suspirar y decidió ir al pequeño baño de a bordo antes de que el avión encendiera motores. Entró en el cubículo, cerró la puerta y optó por tomarse otro clonazepam. Pensó que dos pastillas no iban a hacerle daño y le ayudarían a relajarse un poco. No deseaba que nadie la viera tomándoselas así que se la metió en la boca e intentó tragarla sin líquido alguno inclinando su cabeza hacia atrás todo lo posible. Al conseguirlo sintió cierto alivio y se topó con unos ojos que le devolvían la mirada desde el pequeño espejo del habitáculo.

La imagen que se reflejaba era la de una mujer desorientada. El pelo castaño claro con reflejos dorados le caía sobre sus hombros algo despeinado y decidió recogérselo en una coleta. Sus ojos se veían de un verde muy oscuro, prácticamente marrones. El rostro de tez oscura que contemplaba se asemejaba más al de una ayudante algo estresada que no había descansado mucho la noche anterior. Era un punto a favor de Óscar; hacía aún más creíble su historia. Reflexionó por unos segundos si quedarse allí todo el viaje, hasta que recordó que no podrían despegar si no posaba su culo en el asiento y se ponía el cinturón de seguridad. «Aunque, ¿para qué diantres serviría en caso de emergencia?» Tampoco quería pensar ello.

Se decidió a salir del baño y, al hacerlo, se encontró con la cara de pocos amigos de Silvia. Al menos, esta vez no estaba cruzada de brazos mientras se encaraba a ella.

—¿No crees que es hora de dejarnos de chiquilladas? —le reprochó con severidad.

—¿A qué te refieres? —repuso Olivia, notablemente molesta pero sin perder la compostura.

—Estoy algo cansada de aparentar delante de mis compañeros. También son mis amigos, Olivia. No puedo estar toda la vida así porque a ti se te antoje.

—No entiendo porque sacas otra vez el tema. Es mi decisión, y prometiste respetarla. Papá lo entendería…

Silvia la miró con crudeza cortándola de inmediato. Sabía bien lo que su padre hubiese opinado. Tiempo atrás, cuando aún seguía con vida, él mismo había decidido que Olivia no saliera en los medios de comunicación. Había exigido que siempre la emborronaran y que no la enfocaran las cámaras. Él era la estrella, su hija no tenía por qué pasar por ello.

—¡No seas estúpida! No sabía que duraría tanto esta tontería. Nunca te crié como una niña vaga y sin propósitos.

Si tu padre supiera a lo que te dedicas serías toda una vergüenza…

La mirada de Silvia echaba fuego. De nuevo, la misma conversación de siempre. Ya ni siquiera le ofendía. La jefa de equipo había desaparecido para dejar paso a otro ser. Uno más terrorífico que la implacable dirigente de la escudería.

Una madre.

El camino por el que había optado era el de hacerla sentir como una desgraciada.

—Olivia… Te he traído aquí para que de primera mano veas en qué consiste este trabajo cada fin de semana. Estás más que cualificada para esto y estoy completamente segura de que disfrutarías mucho más que repartiendo comida —le soltó, visiblemente frustrada. Se avergonzaba de su trabajo. Silvia se frotó el entrecejo con un dedo dando la sensación de que, como siempre, Olivia era su eterno dolor de cabeza.

—Parece que no me conoces. No sigas forzándolo.

—Precisamente porque te conozco… —comenzó a decir con tono amenazante.

Alguien carraspeó a espaldas de Silvia.

—Ah, Óscar. Perdona, ¿quieres entrar? —preguntó esta señalando en dirección al cubículo del baño.

—No —respondió él con tranquilidad y casi en un susurro—. Vengo a pediros que os sentéis, será mejor que esta conversación la tengáis en tierra y sin nadie delante. Empieza a resultar incómodo.

Olivia asintió en señal de acuerdo y agradeciendo que aquello terminara. Por ahora. El siguiente asalto sería pronto, seguramente en cuanto el avión aterrizara. Se sentó en el mismo asiento y Óscar lo hizo también junto a ella. La miró con cara apenada y se aproximó hacia su oído susurrándole:

—Ya sabes que solo quiere lo mejor para ti. —Al terminar, se despegó de su oreja y le sonrió con dulzura.

Claro que lo sabía. Silvia no solo era el cerebro que había conseguido arrebatar el primer puesto al equipo que llevaba años siendo dominante, sino que, además, y para su desgracia, también era su madre. Según su visión, el parentesco no era en absoluto una ventaja.

A pesar de estar acercándose a los treinta, se sentía con ella en un bucle adolescente, con discusiones constantes que la disociaban de su edad y la hacían parecer menos profesional. Y lo peor es que ambas odiaban esta situación.

El único que conocía la verdad era el bueno de Óscar, que sin éxito intentaba siempre mediar entre ambas. No solo era el segundo ingeniero, sino que se había convertido en el mejor amigo de su madre durante aquellos años. Era familia. Olivia estaba eternamente agradecida por el trato que tenía con ambas. Para él, sin embargo, debía de resultar un poco frustrante que sus esfuerzos cayesen en saco roto...

En medio de esta cavilación, las azafatas habían comenzado con el protocolo de seguridad. Óscar sonrió a Olivia con afecto como si le leyera el pensamiento.

—Este fin de semana será una auténtica locura —le dijo él. Ella se quedó en silencio sin saber muy bien qué contestarle—. Espero que desde Zed Rush estén preparados… porque entre que ya no son tan competitivos y las gilipolleces que sueltan en las entrevistas… —Dejó suspendidas las palabras en al aire.

—Si lo dices por lo de Michel, en realidad eso ha ocurrido durante… —Olivia hizo una pausa para teatralizar una pose de pensar—. Siempre, ¿tal vez? No progresamos tanto como creemos y mucho menos ellos. Ese equipo tiene integrantes que… en fin. —Suspiró como si estuviera cansado de hablar siempre del mismo tema.

—No creo que alguien que se autoconvence de que lo que dice es correcto crea que debe avanzar. En todo caso, a nosotros nos beneficia de cara a la afición.

Ella no veía ningún beneficio en ello. Pero agradeció que Óscar la hiciera olvidar por unos instantes el avión. Conocía bien lo poco que le gustaba volar y le regaló un par de toquecitos discretos en la mano haciéndole notar que estaba junto a ella. Por suerte, comenzó a notar como le llegaba el sueño y su cuerpo comenzaba a sentirse pesado.

Lo que no imaginaba es que, a partir de aquel día, su miedo iba a convertirse en su peor pesadilla, una que volvería una y otra vez, a todas horas, de noche y de día, cobrándose la macabra imagen que estaba a punto de vivir. Pronto, recordaría con angustia que en esos momentos previos se había comportado como una chica caprichosa y no había valorado lo que tenía. El privilegio del que estaba rodeada.

Después de aquel día, solo le quedaría abrazarse a la familia que le quedaba y comprender que su madre no era el mayor de sus problemas. Ni por asomo.

Aquella misma tarde se originarían sus mayores terrores y, cuando mirara al pasado, no podría hacerlo sin revivir los últimos momentos que pasó junto a Óscar.

Un apasionante *thriller* sobre el mundo de la Fórmula 1

Olivia, hija del difunto piloto Nigel Stewart y Silvia Díaz, ingeniera y jefa de la escudería Astorian, siempre ha querido formar parte del mundo de la Fórmula 1, pero sin estar debajo de los focos. Es por eso que se encuentra en el avión privado del equipo como miembro del cátering cuando Óscar Campbell, uno de los mejores ingenieros de la escudería, fallece por lo que parecen ser causas naturales.

Pero algo llama la atención de Olivia: la muerte de Óscar ha llegado en un momento demasiado conveniente para la competencia.

El primer thriller ambientado en Fórmula 1, donde nada es lo que parece, cada piloto tiene sus secretos y las escuderías sus propias motivaciones. Te sumergirás en un entramado por conseguir el poder en la categoría reina del motor.

La moral y la lealtad están en juego. Cada movimiento estratégico para controlar la carrera pone en peligro la vida de los que van a participar en ella. ¿Lograrán salvarse? ¿Logrará Olivia encontrar al asesino de Óscar y salir indemne?

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-02-4

9 788419 822024

Cód.: 3530101